

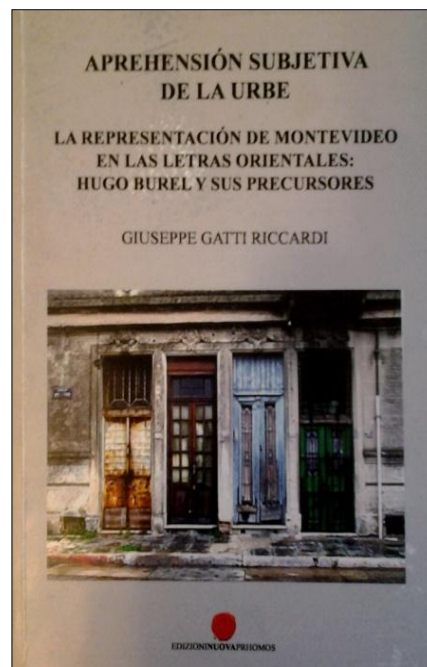


Estudios de Teoría Literaria
Revista digital: artes, letras y humanidades

Año 4, Nro. 8, septiembre 2015

Facultad de Humanidades / UNMDP, ISSN 2313-9676

Giuseppe Gatti Riccardi
*Aprehensión subjetiva de la urbe. La
 representación de Montevideo en las letras
 orientales: Hugo Burel y sus precursores*
 Edizioni Nuova Prhomos
 Citta di Castello
 2013
 421 pp.



Micaela Concolino¹

Recibido: 30/06/2015

Aceptado: 14/07/2015

Representaciones urbanas e imaginarios en la narrativa uruguaya contemporánea

En este libro, Giuseppe Gatti Riccardi nos propone una lectura literaria de la joven metrópolis uruguaya desde el momento de su constitución como urbe hasta el presente. La ciudad real, conocida con el nombre de Montevideo, resulta para este autor una síntesis de diversas unidades que se entrecruzan. Siguiendo su planteo, la capital puede constituirse desde distintos ángulos: en

tanto historia colectiva, como memoria y en tanto objeto representado en la serie literaria. La ciudad rioplatense, entonces, se configura no sólo como un escenario sino como una recreación ficticia que refleja el devenir histórico en el plano estético. De este modo, se trata de pensar el encuentro que se produce entre un contexto socio-histórico particular y las figuras imaginarias que éste suscita en el ámbito literario. La patria del Conde de Lautréamont es vista, en las líneas de Riccardi, como ciudad-objeto, como teatro urbano e, incluso, adquiere el status de personaje literario. En este aspecto, la imaginación desarrolla un papel significativo en la percepción de

¹ Estudiante avanzada de las carreras de Licenciatura y Profesorado en Letras, Universidad Nacional de Mar del Plata. Contacto: micaelaconcolino@hotmail.com

la territorialidad. La escritura, por su parte, permite una acumulación de imágenes en el terreno de la ficción, digna de ser analizada. Las páginas de este estudio amalgaman la realidad sociopolítica del panorama latinoamericano con los giros literarios de la narrativa uruguaya contemporánea. En este recorrido colmado de citas, referencias literarias y comparaciones con estudios de casos de interés antropológico y social, el lector se sumerge en un estudio pormenorizado que resulta de grato acceso. Una de las preguntas genuinas que formula esta monografía es la siguiente: ¿cómo la literatura puede hacer de una ciudad un símbolo?

El eje que vincula y reconcilia la amplitud de preguntas que plantea este discurso, resultado de la adaptación de la tesis doctoral homónima del autor, es la percepción del espacio urbano. La noción de urbe que se propone surge de la imagen de un palimpsesto que atraviesa los siglos, reflejando el devenir histórico. En la prosa de Riccardi se conjugan dos elementos centrales: el pasado y el presente latinoamericano. Ambos se encuentran reconciliados y en diálogo en la visión del crítico. A lo largo de cinco capítulos, el autor despliega un recorrido variado. Los temas de este libro incluyen desde el lúcido revisionismo del proceso fundacional (la re-invenición llamada “América”), pasando por la configuración de un nuevo orden, hasta las observaciones acerca de las funciones del espacio urbano en la modernidad y el estudio particular de la obra novelística de Hugo Burel volcado en los últimos apartados. El primer capítulo recibe el nombre de “Itinerarios urbanos: evolución histórica de la imagen de la ciudad. Un recorrido estético y

social”. El segundo se denomina “Evolución y crisis del espacio urbano en la modernidad. El caso de Montevideo”. Allí se relata, entre otros sucesos, el pasaje de la colonia al escenario urbano de la modernidad. Los últimos tres capítulos abordan las relaciones entre la ciudad uruguaya y la literatura, además de poner el foco en la narrativa de Burel. El investigador adopta una mirada multidisciplinar que le permite incorporar saberes provenientes del campo de la sociología, de los estudios culturales y de la literatura. El marco teórico en el que se apoya su exploración abarca distintos estudios que refuerzan su argumentación y conforman un campo de referencia para el lector ávido de interés en temas relacionados con las ciencias sociales y con lo concerniente al campo de las humanidades. Como aproximación al texto podemos mencionar algunas referencias teóricas que se recuperan en él: el enfoque de la sociocrítica, la “geopoética” de Gaston Bachelard, la “flaneurie” de Walter Benjamin (junto con otros aportes), la noción de “espacio urbano” de Georg Simmel, las ideas de “inteligibilidad” y “textualidad” de Otto Wagner, entre otras.

Sobre la percepción del espacio urbano

En este contexto, la ciudad latinoamericana es contrastada con las grandes urbes europeas y entendida como “el resultado de una discontinuidad” (10). El autor define a dicho conjunto como un territorio que “conceptual y simbólicamente adquiere los rasgos de un no-lugar” (36). El objeto de estudio en particular es, como se anticipa desde el título, el correspondiente al espacio montevideano. Cabe destacar que el

itinerario construido por el crítico comienza por un intento de rastrear la idea moderna de ciudad. Continúa, luego, por relevar los primeros hechos significativos de la historia del hombre en relación con la ocupación y la apropiación del espacio geográfico. Me refiero, específicamente, a la descripción detallada que realiza del pasaje del homo erectus al homo sapiens y su posterior desarrollo en la historia. El riesgo que corre el autor de caer en detalles obvios al recuperar estos tramos tan lejanos en tiempo y espacio (abordados, a su vez, en múltiples estudios) es superado por la sagacidad y la pertinencia con la que comenta y justifica su metodología a lo largo del libro.

La literatura urbana, según el autor, puede concebirse como una manera de pensar y de reorganizar el mundo. Se relaciona, desde su perspectiva, con la necesidad de recrear un espacio ficcional disconforme con lo real. El investigador sugiere, además, que la interacción entre sujeto y escenario modifica a ambos mediante la experiencia. En estos cruces se percibe una tensión constitutiva, a su vez, de dichos espacios. En la introducción, el autor distingue dos conceptos: el de “paisaje urbano” y el de “teatro urbano”. El primero alude a la ciudad como lugar material, físico. El teatro urbano, en cambio, se constituye por el espacio público, por las formas de vida que confluyen en él y por los significados que se crean y le otorgan una identidad. Por esta razón, el centro urbano es presentado como el lugar de intersección de la memoria colectiva y de las reminiscencias individuales de los sujetos. La ciudad de raíz latinoamericana es el punto en donde se reúnen la historia y el mito. Debido a

los procesos de ocupación del espacio y, más adelante, a la correlación de temas en la literatura se destacan, además de la capital uruguaya, dos ciudades clave: Santiago de Chile y Buenos Aires.

En paralelo, imágenes de Roma, Londres, Berlín y Nueva York se entrecruzan en las páginas de este estudio que detalla los principales procesos de desarrollo y modernización que han tenido lugar en diferentes contextos socioculturales. Se indaga en los cruces entre lo público y lo privado así como, también, en la condición de existencia de estas categorías. La pregunta que subyace es: ¿Qué cambios dieron lugar al surgimiento de esta diferenciación? La respuesta, según el crítico, deberá rastrearse en el cambio conceptual que significó el siglo XIX respecto de las formas de interacción social del hombre urbano y su entorno. La consolidación del mundo capitalista generó nuevos modos de socialización y nuevas configuraciones del “yo” individual que fueron problematizadas y ampliadas en el terreno literario. Si lo privado, tal como se afirma, resulta un refugio de la vida pública, en el siglo XX aquel se constituye como un terreno de exploración propio. Por otra parte, el escritor hace hincapié en la transición que se produjo entre los siglos XV y XVI para concluir que la transformación se sitúa, además, en los cuerpos y en las formas de estar en el mundo y de crear sentido.

Las metamorfosis de la ciudad latinoamericana

En el pasado americano se destacan dos ejes: la existencia de un mundo precolumbino en su mayoría rural y el posterior proceso de colonización que generó la progresiva implantación de

una red interconectada de núcleos urbanos. De este modo, el siglo XVI fue testigo, como sabemos, de un proceso forzado de urbanización que dio lugar, con el paso del crecimiento poblacional, a los asentamientos tal como hoy los conocemos. El autor señala dos períodos imprescindibles para pensar la historización de Uruguay. Entre 1890 y 1950 las migraciones y el desarrollo urbano fomentaron el período de auge nacional. En contraste, desde mitad del siglo XX al presente, se detecta un estado híbrido, con signos de decadencia. Esto se relaciona, en el plano literario, con el ingreso de una corriente nostálgica y un predominio del culto al pasado en la década de los '60. Los tópicos y las referencias pintorescas asociadas a los espacios que proliferan en la narrativa conforman una geografía imaginaria. Las referencias urbanas dejan de ser reconocibles para los lectores y, en cambio, se proponen desde la escritura lugares simbólicos, no identificables. Así, Riccardi señala el pasaje de las distintas metamorfosis que atravesó la ciudad latinoamericana. En el caso particular oriental, observa que, tras la instalación de una ciudad mobiliaria, emergió la ciudad criolla. Con el paso del tiempo se fueron sucediendo diferentes fases que dieron lugar a la ciudad de la independencia y a la ciudad burguesa del siglo XIX hasta llegar a la constitución de la ciudad contemporánea. Montevideo entonces resulta, al mismo tiempo, una ciudad fortaleza, un mercado negro, una ciudad portuaria, entre otras posibilidades. Estos espacios son definidos como territorios híbridos y caracterizados por las diversas operaciones y grados de ocupación que han tenido lugar con el paso de los siglos. Según el investigador, las primeras represen-

taciones y avatares conocidos de Montevideo pueden rastrearse en las crónicas y los diarios de viajes de sujetos extranjeros.

La narrativa de Hugo Burel: relaciones e imaginarios

El crítico advierte el pasaje, a partir de la publicación de la novela *El pozo* de Juan Carlos Onetti en el año 1939, de una representación concreta del espacio montevideano a una simbólica. Propone, así, que los modos de apropiación de la urbe en la literatura cambian a partir de la interiorización de un “topos mitificado” en la voz del narrador. Mediante el establecimiento de ocurrencias paralelismos con fenómenos y acontecimientos culturales del pasado, tanto latinoamericano como europeo, se vislumbran los focos de atención en los que la publicación hace hincapié. En relación con la narrativa uruguaya, los principales temas abordados son: la apropiación del espacio físico, la conformación de un entramado social particular y los giros de un imaginario colectivo que repercute en las representaciones de dicho espacio.

En cuanto a la narrativa de Burel, el crítico señala dos etapas en su producción: una primera abocada a la publicación en distintos medios de relatos y cuentos breves y una segunda etapa dedicada principalmente a la escritura de novelas. Acerca de la fase inaugural, el investigador señala el predominio de “una poética construida sobre la base de la melancolía” (216). En este primer período publica tanto cuentos y antologías como caricaturas en revistas (*El dedo*, *Opción*, entre otras). La segunda etapa que el estudioso reconoce está marcada, según su criterio, por la madurez del escritor

en la escritura de sus novelas. A partir de la publicación de la novela tripartita *Los dados de Dios* (1997) se puede identificar una nueva fase en su producción literaria. El sello melancólico que caracterizó la primera etapa cede su lugar al relato alternativo entre la esperanza y la frustración de los personajes. En las novelas, se perfila un realismo que no se agota en la descripción de sucesos cotidianos, parafraseando al investigador, sino que roza lo fantástico e incorpora figuras de anti-héroes a su literatura. Este período se extiende desde el año 1999 hasta el año 2010 aproximadamente. Sin embargo, Riccardi plantea una continuidad estilística y un mismo tono en los escritos del autor. El escenario urbano, a diferencia del tratamiento que se observa en algunas novelas de Onetti, no es un territorio signado por la evasión sino que se reconoce por la monotonía y se puede identificar con la lentitud temporal en la que transcurren los hechos. Otro rasgo que se devela como imprescindible para pensar la obra de Burel es la demanda de un lector activo que acompañe su desarrollo.

Las novelas que se abordan en particular son tres: *El guerrero del crepúsculo* (2002), *Tijeras de Plata* (2003) y *El corredor nocturno* (2007). En la primera de estas narrativas se destaca “un lugar colmado de contradicciones y discontinuidades físicas, caracterizado por un tejido urbano quebradizo y una desolación incipiente que contiene en sí una sensación de pérdida y desarraigo” (180). Los personajes aparecen inmersos en un espacio inestable, cambiante y desalentador. La imagen que predomina es la de una ciudad desolada sumergida en una atmósfera de inercia. En *El guerrero del*

crepúsculo, al protagonista lo invade una sensación de invisibilidad y lo persigue el peso de la incertidumbre, rasgos que Riccardi identifica como constantes en otras novelas. En consonancia con las tensiones presentes entre espacio y sujetos, con la presencia de la angustia y la presión del contexto, se establece una analogía con la estética y el tratamiento de lo urbano en Roberto Arlt. Por otro lado, en *Tijeras de la Plata*, se regresa al pasado idílico y se evidencia el empobrecimiento de las zonas urbanas en el presente del relato. La representación de urbe que predomina es la de un sitio en deterioro, manifestado por el desgaste. En paralelo, el paisaje urbano actúa no sólo como un marco de la historia sino que “invade la dimensión interior del hombre” (279) y actúa, en este sentido, como un personaje más dentro de la novela. Por último, en *El corredor nocturno* la percepción del espacio nos remite a una construcción sin matices y “permite confirmar la existencia de una importante correlación entre la percepción psíquica y la composición espacial-geométrica del territorio” (201). Riccardi sugiere que el espacio evocado en la ficción es complementario del espacio real. Parafraseándolo: constituye una evocación que persiste en la memoria.

Para sintetizar, este estudio constituye una cartografía: sintetiza los procesos más relevantes desde la instalación de la “polis” hasta la actualidad y establece puntos de contacto entre las sociedades reales y las imaginadas por distintas figuras de la literatura latinoamericana. Sitúa a los sujetos y a sus producciones en coordenadas tempo-espaciales, relevando sus rasgos principales y vinculándolos al contexto de producción. Queda

trazada así una propuesta que contempla desde la evolución del homo sapiens (que sale de las cuevas en la búsqueda de la creación de su propio refugio) hasta la percepción actual del espacio geográfico. Sin embargo, el aporte de este libro va más allá del esbozo de un panorama. El verdadero reto que nos propone el investigador consiste en formular preguntas acerca del estado actual de la región latinoamericana e interrogarnos en tanto habitantes de un territorio común, en tanto portadores de una identidad que se vincula con modos de apropiación y de inteligibilidad del espacio. En este sentido, el interés reside en la mirada antropológica desde la que parte y, por supuesto, en el terreno de los estudios literarios, en el aporte crítico que constituye con respecto a la obra de Burel y sus precursores. Finalmente, cabe recordar que, tal como afirma el conocido axioma, el todo siempre es más que la suma de las partes que lo componen. El libro de Riccardi representa un aporte valioso para todo investigador o lector curioso debido a los interrogantes y planteos que el autor formula y desarrolla a lo largo de cada capítulo.